

Miguel Delibes, 377A, madera de héroe. Ediciones Destino Áncora y Delfín, volumen 607. Barcelona, 1987.

La línea ascendente del narrador Miguel Delibes está jalonada por una serie de obras admirables; creo que ésta es -por hoy- la última en ese camino de perfecciones. No es la primera vez que nuestro gran novelista se enfrenta con lo que fue la locura de nuestra guerra civil, pero creo que nunca con la coherencia con que estas páginas denuncian unos hechos, pero -como otras veces- Delibes no toma partido, sino que narra. El partido se lo asignamos nosotros cuando cerramos las páginas del libro y sentimos piedad por estas gentes cainitas, en las que hay como un propósito de hacer <sup>u</sup>supurar las heridas cuando ya se creían cerradas. Lo he dicho en otra ocasión: "Miguel Delibes padeció la guerra (...), pero en sus meditaciones concluyó que en las guerras civiles todos son responsables hasta del mal que no hacen". Por eso sus conclusiones son tan poco proclives a los clarinazos de la gloria como al redoblar de los fúnebres tambores: al final, el hombre envilecido y, si la guerra es civil, con frutos de esterilidad. Que nadie crea que en esta novela -digamos de antemano, espléndida- va a encontrar nada de lo que fue el mundo combatiente, porque no se trata de una novela de guerra, sino una novela en la que la guerra es un trasfondo que enmarca unos hechos y que sirve para mostrar el fracaso de aquel mozo que tenía madera de héroe, <sup>cuando</sup> ~~pus~~ un día descubre que todos son héroes, <sup>lo</sup> que vale tanto como decir que todos cayeron en la añagaza.

Yo diría que es esta novela la superación de la guerra. Antes no se escribieron <sup>largos relatos con sus</sup> ~~novelas de guerra~~ y, luego, sólo sobre la guerra como conflicto de opuestos. En un ensayo antiguo (El novelista ante el mundo, 1953), Gironella habló de la preocupación del hombre por el tiempo en que le tocó vivir; por eso historias de individualidades ante ese vértice que engulle mares de humanidad, y al que llamamos guerra. Pero hacía falta lejanía para no morir en el fuego, como la mariposa en la llama.

"Olivares y Utrera"

Miguel Delibes, El héroe de guerra. Ediciones Destino España y Delta, volumen 607, Barcelona, 1987.

La línea ascendente del narrador Miguel Delibes está  
relacionada por una serie de otras admirables; creo que ésta es  
por hoy - la última en ese camino de perfecciones. No es la  
primera vez que nuestro gran novelista se orienta con lo que  
la forma de nuestra guerra civil, pero creo que nunca con la es-  
tética con que estas páginas demuestran una belleza, pero como  
estas veces - Delibes no toma partido, sino que narra. El narra-  
do se le exige nosotros cuando vemos las páginas del li-  
bro y sentimos pródigo por estas gentes caídas, en las que hay  
como un propósito de hacer seguir las heridas cuando ya se  
creían cerradas. Se ve bien en otra ocasión: "Miguel Delibes  
padece la guerra (...), pero en sus meditaciones concluye que  
en las guerras civiles todos son responsables hasta del mal que  
se hacen". Por eso sus conclusiones son tan poco prácticas a los  
clarificadores de la guerra como el redoblar de los últimos temas  
en el final, el honor evilecido y si la guerra es civil,  
con frutos de esterilidad. Que nadie crea que en esta novela  
dignos de entenas, espíndidos - va a encontrar nada de lo  
que fue el mundo combatiente, porque no se trata de una novela  
de guerra, sino una novela en la que la guerra es un trasfondo  
que anuncia unos hechos y que sirve para explicar el trasfondo de  
aquí todo que sería el héroe de guerra, pues un día descubrirá que  
todos son héroes, que vale tanto como decir que todos cayeron  
en la batalla.

Lo único que es esta novela la superación de la guerra.  
Antes se escribieron novelas de guerra y, luego, sólo sobre  
la guerra como conflicto de opuestos. Es un ensayo antiguo (El  
novelista ante el mundo, 1953), (Gironella habló de la guerra  
orden del hombre por el tiempo en que se está viviendo; por eso dig-  
nidad de individualidades ante ese vértice que engulle masas  
de humanidad, y el que llamamos guerra. Pero hasta el héroe  
nada para no morir en el fuego, como la antipoda en la línea.



De ahí el fracaso de nuestras "antiguas" novelas sobre la guerra civil y nuestra dependencia de Hemingway o de Malraux. Por que novelas como las de Benítez de Castro (Se ha conquistado el kilómetro 6...) o de García Serrano (La fiel infantería) no conseguían darnos sino la visión próxima de unos hechos, no su depuración estética. Vinieron después Mercedes Fórmica (La ciudad perdida) o Giménez Arnau (Murió hace quince años) y nos trajeron, en su relato, en su drama, el tema lleno de emoción humana de los exiliados y su vuelta como terroristas, pero, aún entonces, Larga es la noche de F.L. Green nos hacía pensar en una filiación muy precisa. Tal vez la única superación de esta dependencia fuera la novela de Fernández de la Reguera, Cuerpo a tierra que ya, en 1948 fue traducida al francés (Le poids des armes) con un gran éxito, pues la crítica francesa la juzgó superior a todas las que hasta aquel momento ~~se~~ habían ocupado del tema, incluidas las extrañas. *fratals*

Delibes no se preocupa del conflicto sino en cuanto incide sobre la vida de Gervasio y en el modo de hacerle perder los sueños marciales con que fue adormecido. Los cabellos erizados al oír una marcha militar eran una premonición heroica que vivió lo que las circunstancias sin heroísmo. Vino la guerra, el mozo se enroló en el Canarias y la vida se tiñó de vulgaridad, de repeticiones, de servicios cotidianos. Acaso otro heroísmo harto distinto del de la fanfarria y los uniformes. Vivir puede ser un heroísmo si se acepta la exigencia de cada momento, pero lo que al hombre se le exige es el cumplimiento del llamado deber, que no suele ser la muerte heroica, sino el desangelado irse desgastando en mil cosas que pueden parecer inútiles porque a los más les lleva a la vulgaridad. Delibes va trazando con ternura este perder las ideas solemnes para ganar con amor a las cosas próximas. Y entonces tiene sentido la alocada carrera de una moto, si Norberto y Adrián son fieles a sí mismos y mueren inmolados por quienes, vesánicamente, no los mejoran. Desencanto en este mozalbete al que le calentó los cascos tío Felipe Neri y al que todo acabó por confundir:

De ahí el fracaso de nuestras "antiguas" novelas sobre la gue-  
 rra civil y nuestra dependencia de Hemingway o de Malraux. Por  
 que novelas como las de Benítez de Castro (ya ha conquistado el  
 kilómetro de...) o de García Serrano (la fidelidad) no con-  
 seguran darnos sino la visión próxima de unos hechos, no su de-  
 puración estética. Viniéron después Mercedes Ferrnias (la ciudad  
 perdida) o Giménez Arnau (Murió hace quince años) y nos trajeron  
 en su relato, en su drama, el tema lleno de emoción humana de  
 los exiliados y su vuelta como terroristas, pero, aún entonces,  
 faltaba la noche de F. L. Green que habla por primera vez  
 con una precisión. Tal vez la única superación de este dependen-  
 cia fuera la novela de Revueltas de la guerra, cuando a través  
 que ya en 1948 fue traducida al francés (la noche de las sillas) con  
 un gran éxito, pues la crítica francesa la juzgó superior a to-  
 das las que hasta aquel momento se habían escrito del tema, in-  
 cluidas las españolas.

Delibes no se preocupa del conflicto sino en cuanto in-  
 cluye sobre la vida de Gervasio y en el modo de decirse guerra  
 los sueños masculinos con que fue aborrecida. Los saballos eri-  
 zados al oír una marcha militar eran una prometedora herencia  
 que vivió lo que las circunstancias sin serlo. Una la que  
 era, el tema se enroló en el Galapagos y la vida se hizo de val-  
 garidad, de repetición, de servicios cotidianos. A eso otro  
 heroísmo hecho distinto del de la infancia y los entonces.  
 Tener pueda ser un heroísmo si se acepta la existencia de cada  
 momento, pero lo que el hombre se le exige es el cumplimiento  
 del llamado deber, que no puede ser la muerte heroica, sino el  
 desahogado irse desgastando en mil cosas que pueden parecer  
 inútiles porque a los más les lleva a la vulgaridad. Delibes  
 va tratando con ternura este poder las ideas solennes para ga-  
 nar con amor a las cosas próximas. Y entonces tiene sentido la  
 alacena cerrada de un niño, si Norberto y Adrían son fieles a  
 sí mismos y nunca inculcados por quienes, verdaderamente, no  
 los mejoran. Desencanto en este momento al que le calentó  
 los cascos de Felipe Neri y al que todo se debió por confundir:



las razones de papá <sup>T</sup>selmo o de tía Zita, o del cabo Pita o de tío Fadrique. La muerte con dignidad a todos hizo héroes, aunque nunca lo supieran.

Delibes es un escritor cristiano y esto le hace huir de verdades relativas, pues la absoluta está negada al bajo mundo de los hombres. En definitiva lo que él ama, ¡y hata qué límites!, es al hombre que sufre, criatura inerme que sólo vive para la tristeza o para las nostalgias, y a la que un día sentimos como prójimo. Esta es su clave: sentir al hombre y tenerlo próximo. La extraordinaria novela lo atestigua de mil maneras y nos denuncia la verdad del narrador, tan incierto si habla de valores absolutos y tan encariñado si se fija en la relatividad de cada uno. O con fórmulas muy sencillas: desconfianza en el Hombre y amor hacia los hombres.

Mamuel Alvar  
Real Academia Española



las razones de padre Jaime o de la Rita, o del cabo Pita o de  
el Barrio. La muerte con dignidad a todos hizo héroes, aug.  
que nunca lo supieran.

Delibes es un escritor cristiano y esto le hace salir  
de verdades relativas, pues la absoluta está negada al bajo  
mundo de los hombres. En definitiva lo que él ama, y hasta  
que limitas, es el hombre que sufre, cristiano incluso que ad-  
lo vive para la tristeza o para las nostalgias, y a la que en  
los sentimientos como problema. Esta es su clave: sentir el hombre  
y sentir su mundo. De extraordinaria sensibilidad y sensibilidad de sus  
maneras y nos denuncia la verdad del narrador, tan incógnita  
si había de valores absolutos y tan encerrados al se fija en  
la relatividad de cada uno. O con fórmulas muy sencillas: des-  
confianza en el Hombre y amor hasta los hombres.

Manuel Alvar  
José Antonio Fuentes

